Esta escena, sobre estar justificada por la explosion de sentimientos verdaderos, es bastante dramática, pues que la determinan individuales pasiones. El público la aplaudió con entusiasmo, poniendo así de manifiesto el género de afectos que le conmueven.

El segundo acto de *Quetzalcóatl* es en todo superior al primero. Hay en él más vida y más movimiento; están más en su centro los caractéres y se enreda muy bien la trama. El cuadro final, aunque tiene algo de rebuscado y melodramático, cierra perfectamente el nudo de la accion. Ésta, por otra parte, se desliga un poco del elemento épico, sobre el cual aletea, sin embargo, á la manera de una ave encadenada que hace inútiles esfuerzos por tender el vuelo.

## IV.

El tercer acto tiene efecto en el mismo templo que el primero, con la única diferencia de haber sufrido importante modificacion el decorado religioso: en lugar de la culebra de serpentina y de la cruz de oro, aparece el ídolo de Tezcatlipoca, lo cual significa que la teogonía tolteca ha vencido al cristianismo. Palpitan de preferencia en las primeras escenas, la eleccion de un nuevo Rey y la noticia de la muerte de Quetzalcóatl, á causa de la embriaguez. La disencion ha llegado á su colmo entre los mandarines. Alega Huitzilopóchtli la promesa que se le hizo del real copílli y exije la investidura del poder supremo, sosteniendo que de lo contrario sus huestes aztecas le conquistarán por la fuerza lo que de derecho le pertenece; pero, á más de salir á batirlas Papántzin, arrepentido de su ren-

cor á Quetzalcóatl, desarman los sacerdotes al terco Huitzilíhuitl y le intiman que se prepare á morir, sacrificado en aras de Tezcatlipoca. Él, en un rapto de inspiracion profética, exclama resueltamente:

Venid; serena
mi frente está. No los humanos duelos
harán mi seno palpitar cobarde.
Yo sé que dios me aclamarán mañana.
¡Y adoraréis mi efigie soberana!
Venidme ya á matar, que se hace tarde.

Lo hacen así en cercano aposento, y al rato vuelven con su cuerpo inanimado, que arrojan, junto con el extraido corazon, destilando sangre, á las gradas del ídolo. Entra en seguida Papántzin, herido de muerte, y despues de anunciar la derrota de los aztecas y de consagrar postrimer recuerdo á Xóchitl y á Quetzalcóatl, rueda cadáver cerca del de Huitzilíhuitl. Ante esta insólita hecatombe, Huemác es el único que tiene derecho á la corona, la cual le presenta uno de los sacerdotes, diciéndole:

Ciña tu frente la real diadema. Tóllan gloriosa en tu bondad confía

Yérguese él, enhiesto, y colocando sobre su frente el anhelado copílli, exclama:

> Llegó por fin el suspirado dia. ¡Gloria sin fin á la deidad suprema!

Diríjese luego con los sacerdotes al altar, cabe el cual se detienen espantados, por aparecer en el fondo Quetzalcóatl, con traje talar blanco y sosteniendo una cruz.

Sobrecogidos de terror ante la súbita aparicion, que en la supersticiosa candidez de su ignorancia, no pueden ménos de atribuir á la intervencion maravillosa de la divinidad, caen de rodillas los sacerdotes y demandan contritos, piedad y conmisceracion para sus culpas. Huemác, no tan espantadizo, y dispuesto á disputar al cielo mismo la corona que ya tiene en la cabeza, increpa con terrible energía al fantasma del monarca; pero, como no le responde, flaquéanle las piernas, tiembla como un azogado y se desploma sin sentido entre los trémulos sacerdotes. Avanza entónces algunos pasos Quetzalcóatl y dice con gravedad sacerdotal: alos siglis im sistanolis Vi

La ley es inflexible y no perdona; y yo el primero la debí acatar. ¡Que caiga de mi frente la corona, que de mi frente al suelo vi rodar! Todos diréis que el Rey ha sucumbido. De mis fieles teopixques voy en pos. Vuelvo al Oriente, de donde he venido. Tollan, la cruz te dejo. ¡Adios, adios!

Coloca la enseña de Cristo sobre la piedra de los sacrificios, y se aleja. Aparece poco despues Xóchitl, la razon perdida, á consecuencia de la muerte del Rey, y viéndole partir, tiene melancólico delirio amoroso. Descubre la cruz, tómala y dice:

> Es Quetzalcoatl. Es la blanca estrella, que entre púrpura, fuego y arrebol, se alza en Oriente, esplendorosa y bella, nuncio feliz del deslumbrante sol.

Entusiasmándose por grados, en virtud de la mágica inspiracion que la locura le produce, continúa:

> Es Ehécatl, el viento tempestuoso. Si por el viento vino, en él se fué. Ya se descorre el velo misterioso. ¡De rodillas, teopixques, á su pié!

Les presenta la cruz al decir estas palabras. Huemác retrocede, se inclinan los sacerdotes, y da ella fin á la fábula con el siguiente augurio:

> Volverá Quetzalcóatl á esta tierra, de sus manos vibrando fuego y luz: y audaz conquistador en són de guerra, jien este mundo plantará la cruz!!

En el acto que acabo de analizar fué donde más se separó Alfredo Chavero de las condiciones dramáticas. Las luchas individuales iniciadas en los anteriores no vuelven á dejarse sentir, y si no fuese por la enajenacion mental de Xóchitl, nada recordaría la oposicion y rivalidad de Quetzalcóatl y Huitzilopóchtli.

El arrepentimiento de Papántzin, que tan encarnizada guerra había promovido á Quetzalcóatl, no tiene objeto dramático ni está convenientemente justificado; pues no puede existir el remordimiento en un fanático, que cree servir á sus dioses matando á los que no acaten sus doctrinas, ni mucho ménos estando acostumbrado, como lo estaban todos los antiguos mexicanos, á bárbaros y sangrientos holocaustos. Su muerte tampoco tiene objeto; porque al espectador no le importa saber quién queda de monarca, toda vez que no va á estudiar historia en el teatro. Con la huida del protagonista se desenlaza la accion, y aquella no requiere que Papántzin muera ni que Huemác suba al trono.

Ménos objeto aún tiene la locura de Xóchitl. Más natural sería que, explotando el sentimiento de religioso respeto hácia la cruz, que manifiesta en el primer acto, y suponiendo que se hubiese acrecentado con la intimidad amorosa de Quetzalcóatl, hiciera en su juicio y con entera conciencia, la profecía de la conquista. Se habría podido aprovechar así la vaga noticia (consignada en los anales de aquellos tiempos), que tenían los pobladores de Anáhuac, acerca de la venida de los españoles, y que se supone producto de las predicaciones del misterioso personaje, que, con el nombre de Quetzalcóatl, recorrió gran parte de los países que formaron despues el reino de México, para desaparecer por completo, sin dejar huellas de su paso, tanto de las regiones en que pretendió sembrar la semilla de la redencion, cuanto de los dominios de la historia.

## V.

La ligera noticia que da el Códice Chimalpopoca acerca de la fuga de Quetzalcóatl del reino de Tóllan y acerca del descubrimiento del pulque, hizo brotar en la mente de Chavero, segun él mismo dice en su prólogo, la idea de escribir el ensayo trágico. Esto revela que su principal designio fué dar á conocer el carácter práctico de la predicacion religiosa de Quetzalcóatl y la falsedad que implica el considerar á la reina Xóchitl, cuya existencia no está probada, como descubridora del popular vino mexicano. Ni la una ni la otra cosa son propias del teatro. Lo serán de la disertacion académica, del discurso doctrinal, del libro científico y erudito; pero, de seguro, no es incumbencia de la poesía dramática el exponer problemas históricos, envueltos por la neblina de los tiempos y atañederos sólo al estudio laborioso del analista y del filósofo.

El carácter de Quetzalcóatl es sin duda extraordinario. No fué un misionero vulgar que, exponiéndose á ser inútilmente sacrificado, derribara ídolos, destruyera costumbres y pretendiese convertir á los gentiles, con la sola argumentacion escolástica de su elocuencia doctoral y teológica; sino el profundo pensador que, mirando más allá del límite que alcanza la miopía del fanatismo, y utilizando el elemento civilizador de la religion cristiana, en beneficio de pueblos ignorantes, idólatras y

supersticiosos, quiso ministrarle paulatinamente, amoldando sus prudentes métodos de enseñanza, á los usos, concepciones y ritos de las tríbus que se proponía ilustrar.

Tan es cierto esto, que no se concretó á enseñarles religion y moral, sino tambien, y muy particularmente, la manera de legislar y administrar justicia, adecuada á su embrionaria cultura, lo mismo que la de fabricar mil objetos y utensilios, propios para varias industrias mecánicas y para las labores del campo y los quehaceres domésticos. Previó la conquista y le preparó el camino: hé aquí su obra. Con esto le basta para que se le considere como á un gran filósofo práctico, apóstol de la civilizacion, ora se llame Quetzalcóatl ú ora Santo Tomás, y sea irlandés ó no lo sea.

Hombre ántes que nada, no rehusa honores ni preeminencias, y acepta la corona y el supremo sacerdocio de Tóllan, á pesar de sus convicciones religiosas. Perfectamente penetrado, empero, de su mision evangélica, huye del país donde la embriaguez le ha envilecido, impidiéndole predicar la virtud por falta de predominio moral.

A todos estos atributos de la personalidad de Quetzalcóatl, añadió Chavero la espontánea manifestacion del amor á la mujer, como compatible con el estado sacerdotal, y produjo un admirable tipo dramático, que maniató despues con inútiles ostentaciones épicas. Cierto es que tal como le presenta, es un verdadero símbolo, una encarnacion metafísica; pero le encontramos tan macizo, tan lleno de vida, tan real, que no podemos ménos de aceptarle como á una persona histórica y efectiva. Si Chavero le hubiera colocado en ambiente artístico, idóneo al libre movimiento de sus ideas y sentimientos individuales, habría hecho una magnífica tragedia, para ornamento y prez de la literatura mexicana.

Huitzilopóchtli, enérgico, decidido y valiente; apasionado

hasta el punto de cometer todo género de crimenes, para satisfacer sus deseos; contrahecho y feo; de indomable terquedad y aterradora rigidez de intenciones, es tambien selecto y acabado tipo para la tragedia. Huemác, hipócrita é implacable; encarnacion viva de la suprema avaricia de poder; solapado y artero intrigante; de corazon endurecido y espíritu maquiavélico, reune igualmente las condiciones indispensables á una figura trágica de primer órden. Papántzin, ciego instrumento de tenaz idea que calcina su cerebro; irreconciliable enemigo de todo lo que tienda á empañar el sangriento brillo de sus deidades olímpicas; fiero batallador é indómito campeon de la teogonía de sus mayores, asume de la misma manera una poderosa individualidad trágica. Xóchitl, mística personificacion del candor y la ternura; poética hasta en el sonido y significacion de su nombre; quemando copálli en los sacros braseros y afectos puros en el ara de su casto amor; haciendo contraste entre su virginea inocencia y la brutal ferocidad de la mayor parte de los personajes, es de igual modo, no solamente un delicioso tipo plástico, sino tambien un bellísimo carácter dramático. Y finalmente, el tribunal sagrado, máquina humana de absurdos juicios, fotografía mecánica de todas las congregaciones inútiles, es lo mismo, un tipo, por decir así, de siete cabezas, fundidas en una sola, tan estúpida é irracional como cada una de las componentes.

Ahora bien ¿por qué todas estas magníficas figuras dramáticas paralizaron sus vigorosas organizaciones al entrar en armónico y artístico movimiento? Por la sencilla razon de que se les sacó de su medio de vida, obligándolas á respirar en una atmósfera pesada y asfixiante. Si cada cual se hubiera movido en su órbita, sin estorbar el movimiento de las otras, habrían engendrado el palpitante y orgánico mecanismo de la forma dramática. Quetzalcóatl, núcleo y centro de todas las

fibras y arterias del organismo total, debía haber combatido con Huitzilopóchtli, en la brillante esfera del amor; con Papántzin en el antro tenebroso del fanatismo; con Huemác, en la escabrosa pendiente de la ambicion, y con el tribunal sagrado, en el árido desierto de la ignorancia. En seguida, habría sido Xóchitl la misteriosa maga angelical, encargada de verter aromas, luces y flores, en el palenque de tan iracundos y robustos paladines.

Se hubiera producido así una especie de sistema planetario dramático, en el que Quetzalcóatl, situado en el centro de gravitacion, habría hecho girar á su alrededor, en elipses desigualmente abiertas é inclinadas, á Huitzilopóchtli, Huemác y Papántzin. Los sacerdotes hubieran representado el papel de fragmentos de planeta, á manera de asteróides, y Xóchitl, sin perder un ápice de su poética naturaleza, se habría convertido en el impalpable, intangible y sutilísimo éter, que hubiera puesto en comunicacion á los mencionados cuerpos celestes, por médio

del calor, la luz y la electricidad.

Tal como está la obra, el centro no es Quetzalcóatl, sino Huemác; Huitzilopóchtli no es mundo planetario, sino vertiginoso cometa, que en virtud de su gran velocidad, quebranta la ley del equilibrio sideral, y va á estrellarse contra Huemác; Papántzin tampoco es planeta, sino satélite, que no presenta más que una fase y que cuando deja ver la otra, por un fenómeno inexplicable, demuestra que carece de atmósfera y por consiguiente de vida; los sacerdotes no son asteróides, sino estrellas errantes, que pasan cerca del sol y caen en su vorágine de combustion; y Xóchitl, en fin, no es el maravilloso éter, alma del universo, sino una atmósfera incapaz de conducir los que ántes eran fluidos imponderables y hoy simples transformaciones de movimiento.

Concibió, pues, Chavero, perfectamente, los elementos dra-

máticos de su obra; mas les robó la vida al organizarlos en un solo cuerpo. Una composicion dramática es como un relox: para que ande se necesita que estén en perfecto órden de movimiento las diversas partes de su mecanismo. Si una rueda se entorpece, el relox anda mal; si várias, el relox se pára.

Como exposicion dialogada del rudo combate de pasiones religiosas y de extravíos de mandarines, que Chavero pone en juego, es buena su obra; pero como produccion dramática, destinada á representar la vida ficticia de una sociedad hundida en la noche de los tiempos, no llena los requisitos indispensables.

Cuando un autor escénico se inspira en la historia y explota hechos importantes, en que hayan influido personajes extraordinarios, fácilmente se extravía, alucinado por la grandeza de los objetos que enardecen su imaginacion, y confunde los asuntos épicos con los dramáticos. Es además muy natural que lo sublime opere honda conmocion en el espíritu de un poeta, y ponga en actividad y efervescencia su poder artístico, sin permitirle considerar que cuanto más grandiosos son los acontecimientos históricos, tanto ménos caben en el molde dramáticos, á causa de la inmensa dificultad de encerrarlos en una obra de cortas dimensiones.

Miró Chavero con su claro ingenio que había capacidad dramática en el asunto que fué digno de su eleccion; pero abstraido por la irresistible simpatía que profesa á nuestra historia antigua, puso en olvido que escribía para el teatro y sólo paró mientes en la acertada y bella exposicion de las gigantescas luchas, sostenidas por los pueblos bélicos que habitaron un tiempo las risueñas comarcas del Anáhuac. El historiador se sobrepuso al poeta; el sabio al artista. Y resultó la obra una disertacion en verso.

Los errores y defectos, sin embargo, de que adolece el ensa-

yo trágico, no pertenecen tanto al autor, como al género que quiso cultivar. Luengos siglos há que murió el clasicismo; y las resurecciones divinas no se hacen esperar más que tres dias, cuando mucho. En el órden del perfeccionamiento humano, lo presente prepara lo porvenir en vista de lo pasado, y lo que es base no puede ser á la vez cúspide. Con Esquilo, Sófocles y Eurípides llegó la tragedia clásica á todo su apogeo; en el cual apénas si los romanos lograron mantenerla: despues, ha sido estéril y sin objeto casi, cuanto se ha intentado por aclimatarla á culturas enteramente otras de la greco-latina.

Un personaje que por médio de la encarnacion de un ideal ó de una secta, resume ó representa á todo el linaje de sus discípulos ó de sus correligionarios, no es un tipo humano, real y verdadero, y por ende, no lo es tampoco dramático. Será, si se quiere, un hombre-cifra, un símbolo épico de colosales formas; y no cabrá en la dramática, que sólo permite lo que no altere ni modifique la naturaleza humana. Aquíles, como personaje épico, es soberbio; mas tendría que despojarse de su atavio fantástico y mítico, y que reducirse á la talla de los hombres comunes, para pisar el escenario. Un mismo personaje puede ser propio para la Épica y para la Dramática, si bien bajo distintas fases: la una lo explotará como genérico, la otra como individual. Esta es la diferencia: Quetzalcóatl, como filósofo, como apóstol, como brazo del inmenso organismo de la cultura, sólo cabe en la epopeya; Quetzalcóatl, como sér capaz de amar y aborrecer, como átomo social que vegeta en la comun atmósfera de los mortales, es recibido con palmas de triunfo y salvas de entusiasmo en la poesía dramática. Evidentemente, para dibujar con exactitud el carácter histórico de un hombre notable, es necesario tener en cuenta sus manifestaciones por decir así trascendentes; pero sólo á manera de marco de su carácter individual.

En el olvido de estas precisas distinciones artísticas me parece que consiste el defecto de más bulto y más principal de la obra de Chavero. La leyenda ofuscó en ella al drama; lo fantástico infundió su aliento, y los personajes se divinizaron: la accion tuvo efecto en el olimpo tolteca y no en la tierra.

Si Chavero hubiera explotado el conflicto de pasiones entre Quetzalcóatl y Huizilopóchtli, en armonía y relacion con los cándidos sentimientos de Xóchitl, dejando á un lado todo lo referente al combate entre el culto idolátrico y el cristianismo, habría sin duda producido una verdadera obra dramática. Tal como es el ensayo trágico, repito que no admite otro dictado que el de poema épico en diálogo. Es apreciable, con todo; revela profundos conocimientos, no sólo en historia, sino tambien en arte; contiene algúnos parlamentos de subido mérito, y en el lenguaje y en las ideas, hay conformidad y acuerdo con las costumbres y ritos de los toltecas.

La poesía épica, por su carácter representativo, tiene mucho del color y el matiz de la pintura; y tal es, en efecto, la impresion que causa la obra de Chavero. Parece que se desarrollan ante nuestros ojos cuadros muy bien dibujados, de brillante colorido, y cuyas figuras tienen automático movimiento y voz artificial. No vemos séres vivos, sino cadáveres sujetos á corrientes galvánicas.

No carece el ensayo por completo de condiciones trágicas, como se habrá visto en el detallado análisis que he hecho de su argumento, lo que demuestra que, con ménos apego á la historia y más acatamiento á los principios fundamentales del arte, es muy capaz Alfredo Chavero, cuyo gran talento no puede ponerse en duda, de escribir una verdadera tragedia, tal como hoy se la define y explica, para honor y lustre de la literatura nacional.

## ESCRITORES MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS

POR VICTORIANO AGUEROS.—PRIMERA SÉRIE.

De grande utilidad son siempre los estudios biográficos. Si ellos de por sí no lo patentizasen, pondríalo de manifiesto la larga lista de escritores insignes que en todas épocas se han dedicado á cultivarlos. Las Vidas paralelas de Plutarco, chêfd'œuvreen el particular, han popularizado á los grandes hombres de Grecia y Roma, más acaso de lo que hubieran podido hacerlo sus hechos heróicos y sus inmortales producciones. Lo comprendió así D. Manuel José Quintana, al escribir sus inapreciables biografías de españoles ilustres, tan magníficas todas como la que de Hernan Pérez de Pulgar compuso D. Francisco Martínez de la Rosa. Años de trabajo, de laboriosidad y de paciencia empleó D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, el galano y castizo escritor, en componer y aderezar su admirable monografía de D. Juan Ruíz de Alarcon y Mendoza, el dramático de escrupulosa lima y firme propósito doctrinal, segun doctísimo